

Imágenes. Rostros de fe creyente del pasado caraqueño

Comisión Organizadora del Cuatricentenario de Caracas, Caracas, 1967.

La fe llegó con el descubrimiento

El mismo hallazgo del Nuevo Mundo fue ya un acto de fe sin paralelo en la historia de la humanidad. Y el motivo muy principal de la gesta colonial después consistió en llevar la noticia de una fe nueva a una tierra de milagro.

Pero ni la tierra era nueva ni la fe patrimonio exclusivo de los que dieron con ella. Las primitivas civilizaciones americanas tenían una vieja tradición religiosa, y su cultura alcanzó en diversas regiones cumbres de las que sólo quedan, desgraciadamente, restos de piedra tallada y de cerámica, restos de ciudades y unas tradiciones con menor consistencia que la piedra y el barro cocido.

La nueva fe que llegaba necesitaba expresión. La lengua indígena, en lugar de ser utilizada como instrumento de comunicación fue consagrada como una barrera que había que destruir para dar paso a otra que predicaba la nueva verdad conquistadora. El camino nuevo fue el mismo viejo camino de la representación supersticiosa: el simbolismo, la imagen. Y el rico simbolismo cristiano volcó su enorme caudal de retablos, esculturas y pinturas, imágenes de vírgenes y de cristos de madura devoción europea. Era el fruto de una larga y dolorosa tradición de fé y de devoción de unos pueblos que ya habían ensayado muchos caminos religiosos y estaban alucinados con la merced divina del descubrimiento de un mundo nuevo, donde llevar la luz de su fé era compromiso honroso e indeclinable de cruzada.

Las imágenes traídas de Europa, generalmente réplicas de otras con culto ya divulgado en el Viejo Continente, o las esculpidas por manos criollas, son hechura de aspiraciones, de virtudes, de fé, de esperanza, de sacrificio, de dolores, de llantos y de alegrías de los pueblos en que han ido incorporando su tradición hasta ser parte misma de sus consuelos, de sus tristezas y de sus esperanzas.

En el cruel despertar de la conquista, en el sopor de la distancia colonial, en la cima cruenta y generosa de la Independencia, en las tristes coyunturas de la guerra federal; en las horas angustiosas de los terremotos, de las pestes, de las sequías, de las crecidas, de las plagas, de los trabajos y de las desesperanzas de cada día; en las circunstancias de la derrota, del saqueo, del incendio, de la victoria y del recibimiento al Libertador; en los trances de vidas nuevas, muertes de hijos jóvenes y de padres viejos; en los momentos de la enfermedad, del apuro, del dolor de horas y de las desesperanzas de por vida, las imágenes religiosas a lo ancho del territorio venezolano podrían contar historias que darían reunidas una versión fantástica del alma venezolana.

De todas las figuras religiosas de la liturgia católica, ninguna más sublime ni más venerada que las de Jesús en trance de Cruz y la que le acompaña en el momento

insuperable del completo sacrificio del Gólgota, la Virgen María en su tormento de La Dolorosa, ambas del culto de la Semana Santa, de tan honda tradición en Venezuela.

Para los fines propuestos de dar a conocer las imágenes con la mayor verdad posible, se han reproducido en sus colores originales. Se ha tratado de dar también, en lo posible, los datos históricos o de tradición culta y popular que se refieren a ellas.

Desgraciadamente, los datos históricos son muy escasos. En tiempos de la Colonia, que es cuando se hicieron traer la mayor parte de las imágenes, llegaban a puerto en medio de una gran expectación, se transportaban después con mucha ceremonia, se entronizaban en los altares con gran devoción, pero no quedaba constancia de la entrada de la imagen en la aduana, se ocupaban muy poco de referir la ocasión y casi no se sabe nada después hasta que en algunos documentos bien posteriores aparecen como por azar menciones indirectas que permiten situar aproximadamente algunas pocas fechas. Los incendios y los saqueos de las guerras banderizas y de la federación, y los descuidos lamentables de los que estaban en situación de conservar estos documentos redujeron a nada lo poco que quedó anotado de estas circunstancias.

Esta es la historia de la mayor parte de las imágenes y esta también la del propósito de este trabajo de recopilación acerca de las imágenes de más antigua veneración en la Semana Santa Caraqueña.

Nazareno

El NAZARENO DE SAN PABLO (portada) es, sin duda, la imagen de culto más devoto y más extendido en Caracas. Se le dedica el Miércoles Santo con celebraciones que se han hecho tradicionales en el templo de Santa Teresa. Es una talla criolla en madera de extraordinaria expresión de sufrimiento y de bondad que la tradición atribuye a un anónimo escultor caraqueño. Se cuenta que cuando la terminó, la imagen habló y le dijo: "¿Dónde me visteis que me hicisteis tan perfecto?", y el artista murió de la impresión. También se ha incorporado a la tradición caraqueña la versión de que cuando Guzmán Blanco destruyó la antigua iglesia de San Pablo Ermitaño, donde estaba la imagen, para levantar en su lugar el teatro hoy llamado Municipal (1876), se le apareció el Nazareno y le dijo: "¿Qué hicisteis de mi templo?". Al día siguiente mismo, el Ilustre Americano mandó construir en la esquina del oratorio de San Felipe Neri el templo entonces llamado de Santa Ana y Santa Teresa, honrando los santos cuyos nombres llevaba su esposa, Ana Teresa Ibarra, y que hoy se conoce por el templo de Santa Teresa, donde está la imagen desde entonces. Y es también muy popular la leyenda de que pasando el santo en procesión por la esquina de Miracielos en terrible tiempo de peste: "... la Cruz de Dios al pasar bajo el limonero entre unos gajos se enredó" según cuenta Andrés Eloy Blanco en "El Limonero del Señor", interpretándose que los frutos que se desprendieron de las ramas era la milagrosa señal de que su uso como bebida iba a salvar del azote a la población.

Sepulcro

EL SANTO CRISTO DE SAN PABLO o CRISTO DE LA AGONIA (abajo), que de las dos maneras se le nombra, de la iglesia caraqueña de Santa Teresa, ocupa lugar importante en el culto religioso del Jueves Santo. La mirada es de un hondo patetismo; y todo en la imagen hace recordar al famoso Cristo de Limpias. Hay quien afirma que perteneció a la Ermita de San Pablo, derribada por Guzmán Blanco para edificar en su lugar el Teatro Municipal, y pasó a la de Santa Teresa junto con el Nazareno, a quien hace compañía desde los extremos opuestos de las naves, contra un fondo que representa la ciudad de Jerusalén.

EL SANTO SEPULCRO de San Francisco (izquierda), revestido de carey y con adornos de plata, centra la devoción caraqueña en la procesión del Viernes Santo, en la que llevan también la Dolorosa. Miles y miles de fieles les acompañan en su recorrido. La talla de indudable origen colonial, representa un Jesús de serena expresión, sin muestras de sufrimiento.

Ecce homo

EL JESUS EN LA COLUMNA de tamaño natural del templo de Altigracia en Caracas (derecha) ocupa el primer nicho (puerta de vidrio a ras de muro) de la nave lateral derecha, mirando hacia el Altar Mayor. El paño que le cubre y el alfiler con que está sujeto son ofrecimientos de fieles que han recibido favores. La columna tiene un repujado de metal blanco. Es una imagen colonial de gran expresión a la que la devoción popular caraqueña ha dedicado tradicionalmente el Lunes de la Semana Mayor.

No existen noticias de la imagen de HUMILDAD Y PACIENCIA de la Catedral de Caracas (arriba), al que se dedica tradicionalmente el Martes Santo. Sólo se conoce su origen colonial y una larga tradición de devociones. Está colocada en el altar de la nave lateral de la capilla de los Bolívar, donde reposaron los restos del Libertador. Tanto esta imagen como la de San Francisco parecen provenir de México, porque se sabe que en Veracruz fueron embarcadas varias imágenes con destino a Caracas y esta actitud del Cristo es muy frecuente en aquel país con el nombre de "El Aposentillo".

La de San Francisco (derecha) se diferencia de la imagen de la Catedral en que aquella tiene los pies casi cruzados. la expresiva talla en madera representa el momento inmediatamente anterior al de cargar la Cruz. Está colocada en la nave lateral izquierda del templo, dedicada a la Orden Tercera de San Francisco con la división de una puerta de hierro para simbolizar su límite con la iglesia propiamente dicha. Se llama ésta de San Francisco porque quienes habitaban el convento contiguo (después Universidad Central) eran franciscanos. Pero las iglesias se denominan por el santo que tienen en el lugar principal del Altar Mayor, y en la llamada de San Francisco está la imagen de la Virgen de la Inmaculada, con las de Santo Domingo y San Francisco a un lado y a otro.

Es, pues, propiamente la iglesia de la Inmaculada. Guzmán Blanco mandó tapiar la puerta interior por la que los universitarios graduados entraban a ella para jurar ante su imagen. Hasta hace unos 25 años existía en esta iglesia la tradición del "centavo que pita", que hace referencia al pájaro de reclamo o pájaro que pita, porque se le atribuía el poder de atraer nuevos centavos y evitar apuros económicos por un año. Consistía la costumbre en colocar por Semana Santa el Cristo de la HUMILDAD Y PACIENCIA en el centro del Altar Mayor, rodeado de una barandilla donde unos muchachos se encargaban de recoger de los fieles lo miedecitos y cambiarlos por centavos que habían estado en contacto con la imagen. La práctica había adquirido tan auge que las autoridades eclesiásticas la consideraron nociva y la suspendieron. Los fieles reclamaron con insistencia su restitución, y los padres jesuítas cedieron ante la tradición con una variante: colocaron la imagen de San Ignacio en un lugar donde podían depositar el miedecito, aunque sin cambiarlo por el centavo. Y así se viene haciendo hoy.

Crucificado

La talla criolla del CRUCIFICADO de San Francisco, en Caracas (abajo), se atribuye a El Tocuyano, un artesano larense del siglo XVII. Le acompañan las figuras de la Virgen y San Juan.

Asidero de la esperanza

El CRISTO DE BURGOS (abajo) del templo de Altagracia, de Caracas, tiene a sus pies las representaciones en madera de un pan, un queso, dos huevos, como signo de que alguna vez ha sido objeto de un culto especial de los viajeros o santo de devoción a quien recurrían los campesinos en los años pobres. Se cree que su nombre proviene de algún Cristo que existió en la ciudad española de Burgos, y que la réplica traída a Caracas, como ocurre a menudo, ha conservado su nombre; pero a pesar de las averiguaciones hechas no se ha podido hallar en Burgos una imagen de esa denominación o de esos atributos al pie de la cruz. Sus maderos son redondos. La imagen está colocada frente al Cristo de la Columna. Es un santo de mucha devoción. Dos cartas encontradas a sus pies dicen de las esperanzas puestas en El por los inmigrantes. Uno dice es italiano: "Jesús: os pido la gracia de encontrar trabajo y sentirme bien de salud. Te prometo ocho lámparas. Francisco". Lleva la fecha del 30 de noviembre de 1955 y está escrita al dorso de una esquina de papel con membrete de una agencia de viajes. La otra, con fecha 16 de diciembre, una semana antes de Navidad, del mismo devoto, dice: "Jesús os pido esta grande gracia, que lo necesito, y estoy seguro que me quitará estas penas. Hazme vender la casa que tengo en Amantea (Italia), liquidar la pensión y encontrar un buen trabajo en Caracas que pueda realizar en este tiempo y regresar cerca de mis queridos lejanos. Os lo pido esta gracia, Jesús ayúdame a quitar esta pena y sufrimientos. Seré siempre fiel a Jesús y a todos los santos y al Padre Pío (tiene fama de santo en Italia). Ayúdame. Francisco. Ayúdame también a encontrar casa. Te prometo velas y rezos hasta la muerte.

Ayúdame a quitar esta pena".